

La Consagración a Dios en la Comunidad de la Iglesia

Plática de Monseñor Alvear

22 de noviembre 1966

En este Evangelio de la Vírgenes prudentes y de las vírgenes necias, se habla del Esposo. El Esposo es Cristo. Se habla de la virgen y sus compañeras que esperan al Esposos, signo de la Iglesia. Ante la mirada de Cristo, la Iglesia es la Esposa fiel.

San Pablo, cuando explicaba este tema a los Efesios, al hablar del matrimonio, les decía: “maridos, amad a vuestras esposas, como Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella para purificar. La Iglesia es la Esposa.

La Iglesia somos todos nosotros, por lo tanto, ante Jesús, somos una unidad, somos su cuerpo. La Iglesia no es como una suma de individuos, en que cada uno camina por su cuenta, consagrándose a Dios, amándolo, orando, sirviéndolo y cada uno lleva su caminito y esa suma de caminitos se juntan y hacen la Iglesia. Eso no es así. La Iglesia es un cuerpo, es una unidad perfecta, es Cristo, es un solo Cristo, no so muchos cristitos pequeños, que se juntan, y cada uno hace lo que le gusta, lo que le agrada. Es un solo Cristo.

Esto trae consecuencias muy importantes para nuestra vida cristiana y para nuestra consagración.. La consagración a Dios no es un acto individual, en que dice “*yo me consagro a Dios*”; Yo, es la Iglesia la que se consagra; es la Iglesia la consagrada al servicio de Dios. Es la Iglesia la consagrada, inclusive en la pobreza, en la obediencia y en la castidad perfecta. Es la Iglesia la consagrada, es la Iglesia la que obedece a Dios y nosotros nos consagramos como Iglesia, no como individuos, como personas solitarias.

El modelo de la consagración no es tal o cual personas solitarias. Si, en realidad, hay una persona que es el modelo, es la Virgen María. La Virgen María expresa, como lo dice el Concilio, como debe ser la relación permanente de fe, de esperanza y de amor de la Iglesia con Jesús. Si la Iglesia quiere saber como debe amar a Jesús, mira a María; si la Iglesia quiere saber como debe ser su fe en Jesús y en su Palabra, imite a María, si quiere conocer la esperanza firme y segura, en medio de las más grandes oscuridades, mire a María. María es la persona que figura a toda la Iglesia.

Por lo tanto, si nosotros queremos saber como ha de ser nuestra consagración, debemos mirar a la Iglesia; es la Iglesia la que se consagra; es la Iglesia la que sirve a

Jesús, la que sirve a los hombres y nosotros actuamos como Iglesia y no como individuos, porque así no valemos nada. Eso está simbolizado en la Liturgia. Cuando por ejemplo, hemos rezado el Gloria hace un momento. Yo lo inicié, pero no era una oración mía, era oración de la Iglesia; yo lo inicié como presidente de la asamblea, pero todos rezamos el Gloria, todos juntos expresamos nuestra alabanza, nuestra confianza en Jesús, nuestra petición al Señor. El Gloria no fue la oración de Pedro, Juan, Diego, de cada uno; fue la oración de la Iglesia y cada uno traté de rezar el Gloria con la mayor fe y tratando de dar la mayor alabanza posible al Señor, porque es oración de la Iglesia y rezamos el Gloria como Iglesia. No vino cada uno despacito a rezar su Gloria y después dijimos, como estábamos rezando juntos fue un solo Gloria, eso habrían sido 20 o 30 glorias distintos, fue un solo Gloria. Esto es toda la Misa. La ofrenda que hacemos no es la ofrenda de fulano, sutano y merengano, es la ofrenda de la Iglesia y nosotros, miembros de la Iglesia, participamos vivamente en la ofrenda que hace la Iglesia en este Sacrificio, que es la Eucaristía. Cuando yo digo *“Este es mi Cuerpo, ésta es mi Sangre”* ya sé que consagro el pan y el vino y lo transformo, lo transfiguro. Pero, también sé que al *decir “Este es mi Cuerpo, ésta es mi Sangre”* Jesús le está mostrando al Padre este cuerpo que somos nosotros: somos su Cuerpo, somos su Sangre. Nos muestra en conjunto, en esta unidad maravillosa de la Iglesia: Somos el Cuerpo de Jesús; este Cuerpo, es Cuerpo que se entrega, que se une a Jesús en la Eucaristía en cada

Tal vez por un predominio de individualismo, hemos actuado mucho individualmente, separadamente. Nos hemos juntado en la Misa, nos hemos juntado, así como se juntan las velas, son llamas distintas, son velas separadas.

Aquí es un solo Cuerpo, es un solo Pueblo de Dios; es una sola Alabanza, y nosotros hacemos nuestro aporte, entramos en esa alabanza única de la Iglesia. Yo me imagino, si va un grupo subiendo a la Cordillera, son 30 excursionistas que van a la Cordillera, llevan un paso común, de manera que todos puedan seguirlo. Si alguno se atrasa, deben esperar, porque si no lo esperan, el otro se va a perder y el que es muy demoroso y muy tarde, debe apurar su paso un poquito, para llevar un paso término medio, de manera que todo el grupo pueda caminar y llegar a la cumbre de la cordillera, pero toda comparación no es perfecta, pero eso indica lo que la marcha de la Iglesia, el pueblo de Dios caminando hacia Dios, caminando en el Pueblo, subimos unidos con la Iglesia, hacemos el esfuerzo juntos con la Comunidad, porque sabemos que si nos retrasamos en el paso, dañamos la marcha del grupo que sube a la cumbre, detenemos la marcha de este grupo que sube a la cumbre y si nosotros nos apoyamos y nos animamos unos a otros y nos ponemos de acuerdo para dar un paso un poco más rápido y algunos que son más firmes, que son más fuertes, van robusteciendo al grupo, van animando al grupo, van apoyando al débil, le dan la mano, le toman el brazo, le dan un estímulo; los que son más fuertes, tiene la misión de apoyar a todo el

grupo para que el grupo entero camine: esta es la Iglesia; somos Pueblo de Dios. Esto significa muchas cosas en la vida práctica.

Por lo tanto, nuestra consagración la fe, en la castidad, en el amor, en el servicio, no puede ser la consagración mía solitaria, sino que con la Iglesia, con esta marcha de la Iglesia que va por este mundo invitando a los hombres y ordenando a este mundo con el pensamiento de Dios, pero que va caminando a través de este mundo hacia Dios.

Si quiere saber como ha de ser mi consagración en la fe, debo mirara la fe de la Iglesia; par mi el modelo de la fe, de la fe de la Iglesia que nunca puede fallar; si quiero mirar como ha de ser mi amor a Jesús y mi deseo de ir a la Padre, debo mirar el amor de la Iglesia, la caridad de la Iglesia, de Jesús su Esposo y el camino con su Esposo hacia el Padre; si quiero mirar el servicio que debo prestar a los hombres, debo mirar a la Iglesia, cómo la Iglesia es servidora de los hombres, lo que el Señor nos ha hecho acentuar en este Concilio: Iglesia al servicio del mundo, al servicio de todos los hombres, entonces el modelo para nosotros es la Iglesia; no es tanto un santo como otro santo, es la Iglesia y el santo vale en la medida que refleja lo que es la Iglesia; el santo tiene una mayor influencia, un valor mayor en esta historia que estamos haciendo en la medida que ese santo sea el reflejo más perfecto de lo que es la marcha de la Iglesia, la fe de la Iglesia, el amor, así como en el grupo que sube a la cumbre hay algunos más vigorosos, que conocen mejor el camino y que tiene por misión ayudar a que todo el grupo vaya subiendo, esta es la misión de los santos, de los cristianos que están llamados a una especial consagración en la Iglesia, deben ser las almas más vigorosas, de una fe más nítida, de un corazón más abierto, para que ayuden a todos a caminar hacia la cumbre, hacia el encuentro con Dios que nunca puede detenerse; por lo tanto nuestra mezquindad personal, nuestra falta de generosidad personal, comprendemos que no es asunto mío, que es un asunto de la Iglesia, es interés de la Iglesia, para que pueda caminar siempre el que yo esté junto con la Iglesia, sintiendo con la Iglesia, buscando las grandes líneas, metas y objetivos de la Iglesia, cada uno según su vocación, cada uno según el carisma personal que posee, pero es un carisma, una vocación de la Iglesia y no son carismas ni vocaciones de personas solitarias.

Esto pone en nuestra vida una exigencia muy grande. Nos ha dicho el Concilio que en cada cristiano se realiza el misterio del a Iglesia y cada cristiano es la Iglesia que actúa; esta vinculado con Cristo y por la Comunión de los santos está vinculado con todo el Cuerpo de Cristo. Esto no es una ilusión ni una palabra hermosa, es un misterio, es una realidad misteriosa, verdadera, éste es el Misterio de la Iglesia. Cada Cristiano está vinculado con todo el cuerpo, con todos los cristianos, hay una vinculación permanente, real, es el Espíritu el que nos une para formar un solo cuerpo; por lo tanto, cada cristiano, aunque esté sólo, es la Iglesia, está vinculado con

la Iglesia; su camino es camino de la Iglesia. No puede caminar por su cuenta, no puede tomar iniciativas por su cuenta, a su gusto, tiene que tomar iniciativas de Iglesia, en la corriente, y si él tiene una fe más vigorosa, tiene una amor más ardiente, tiene más claridad en su mente para el camino de la Iglesia, él tiene que robustecer la Comunidad, para que toda la Comunidad camine y pueda acelerar su paso para encontrarse con el Señor en la vida cotidiana y para caminar el Cuerpo definitivo en la Parusía, en su venida final; por lo tanto la misma santidad cristiana, antes que la santidad de Santa Cecilia, de San Juan, de San Pedro, es la santidad de la Iglesia, nosotros participamos de la santidad que es propia de la Iglesia, la esposa de Cristo, que recibe siempre el influjo santificador de su Espíritu, la fuerza de su Espíritu, de la claridad de su Espíritu; y todo el influjo que viene de la humanidad de Cristo Resucitado; participamos en la santidad de la Iglesia... y **¿Quiénes son los santos?** Son los que más han participado en la santidad de la Iglesia, porque por su fe, por su amor, por su esperanza, por su entrega a Jesús, han participado más en esta santidad de la Iglesia y la han expresado en su estilo de vida, en su espiritualidad: han sido un aporte que vigoriza la Comunidad Cristiana y que impulsa y apresura el paso de la Comunidad Cristiana. Un San Francisco de Asís, viviendo en la tierra apresuró el paso de la Comunidad Cristiana en su amor a Jesús y en su entrega humilde y pobre a los hombres. Y así ocurre en cada caso:

Un Juan XXIII, un hombre de la fe, del amor, de la apertura de corazón de Juan; un anciano que muestra un corazón tan abierto al mundo de hoy, que comprende tan bien los valores y las corrientes de hoy y que fue escogido por el Señor para realizar esta gran revolución del Concilio Ecuménico, esta gran transformación de la Iglesia. Juan es un santo, que expresó lo que la Iglesia tenía que ser; él expresó anticipadamente lo que tenía que ser la Iglesia renovada por el Concilio. Hombre de Iglesia, que expresa lo que la Iglesia tenía que ser; él expresó anticipadamente lo que tenía que ser la Iglesia renovada por el Concilio. Hombre de Iglesia, que expresa lo que la Iglesia tiene que ser el camino que debe seguir. Hombre de Iglesia, que vive en la Iglesia y que entrega su vida por la Iglesia y que quiere morir sin aliviar sus sufrimientos en la agonía, porque quiere entregar su vida con Cristo por la Iglesia. Hombre que vive en la Iglesia y que en esta identificación con la Iglesia hace avanzar a la Iglesia, en la santidad, participar en la santidad de la Iglesia: ésta es la fe, éste es el amor, ésta es la esperanza de nosotros: participar en la fe, en la esperanza, en el amor de la Iglesia, en obediencia de la Iglesia, en la castidad y virginidad de la Iglesia, en el amor y en el servicio de la Iglesia.

Esto corrige toda visión individualista; por eso cuando hablamos el otro día de la obediencia, obediencia de la Iglesia, obedecemos en la Iglesia, con la Iglesia y nuestra obediencia es participar en la obediencia de la Iglesia de Jesús, y con Jesús la obediencia de la Iglesia al Padre, y juntos buscamos la voluntad del Padre. La

Comunidad Cristiana junta busca la voluntad del Padre. El Sínodo diocesano es una búsqueda en conjunto de toda la Comunidad Cristiana la Voluntad del Padre.

¿Qué quiere el Señor hoy día para la Iglesia Diocesana? ¿Qué es lo que desea? Y todos vamos a buscar esa Voluntad bajo la presidencia de nuestro Obispo. Por lo tanto, miremos a nuestra vida cristiana personal, si realmente en nuestra concepción de la vida cristiana es un pensamiento vivo y no un pensamiento teórico está en marcha con la Iglesia, este sentir con la Iglesia, no con la Iglesia como uno puede interpretarla privadamente, no con la Iglesia que uno puede interpretarla a su gusto, escuchando opiniones de personas particulares; sino la Iglesia oficial, la Iglesia del Concilio, la Iglesia que dirigen los Obispos, la Iglesia de los Pastores: esta Iglesia que mueve el Espíritu, si es esto lo que obra en nuestra vida cotidiana ¿Es esa la fuerza principal para entregarnos a Dios, para amar al prójimo, para cumplir el llamado personal de cada uno en la Iglesia? ¿Es ésta la fuerza más grande? ¿Somos la Iglesia que avanza? No soy un individuo solitario, y aunque esté solo en mi trabajo, en mi quehacer, soy Iglesia; estoy vinculado con toda la Comunidad, tengo toda la fuerza, toda la energía espiritual de la Iglesia. ¿Es éste un pensamiento vital e nuestra vida diaria, en nuestro pensamiento, en nuestra oración?

En esta Misa pidámosle al Señor esa gracia, de que sea un pensamiento vivo, vital, sentirnos Iglesia. Toda la oración que haremos en esta Misa, nuestra unión con Jesús, que sea realmente expresión de unión con la Iglesia con Jesús.

Seamos expresión de la Iglesia; que nuestra palabra, que nuestra oración exprese la fe de la Iglesia; que nuestra entrega a Jesús exprese en esta Misa la entrega de la Iglesia a Jesús; que nuestro anhelo de ir al mundo a servirlo, exprese el anhelo de la Iglesia de ir al mundo a servirlo.

Sigamos esta Misa con ese pensamiento de ser Iglesia, con esa fe, con esa seguridad de ser Iglesia, y que el Señor al escuchar nuestra súplica, al mirar nuestro corazón, vea en nosotros el reflejo fiel de esa Iglesia que marcha hacia Él, renovada por el Concilio Vaticano II.